

Hacer pie de Silvia Jurovietzky

 Marcela Domine

UBA - UNDAV
(Bajolaluna, 2017)

Un espacio

En *Hacer pie*, último libro de Silvia Jurovietzky, la poeta continúa algunas temáticas planteadas en libros anteriores. La construcción de una subjetividad fuerte desde la que se percibe e interroga el mundo ya aparece en su primer libro, *Un guisante bajo el colchón* (Tierra Firme, 2002) y se expande en *Panaderos* (Tierra Firme, 2007). En *Giribone 850* (Bajolaluna), publicado en 2009, el eje está puesto en la politización del espacio compartido, donde el vínculo con el otro se manifiesta bajo la forma de la lucha o la disputa. *Hacer pie* articula estas temáticas (la de la vitalidad del espacio público y la construcción de una subjetividad femenina y urbana), y define una nueva localización, la de los espacios exteriores y la casa propia.

Siguiendo la lectura cronológica desde sus primeros libros, se observa la elaboración de formas poéticas y la apelación a una intensidad del lenguaje que recorta y alumbra los espacios urbanos, con una politización que es nueva y que ya no muestra a un yo lírico acorralado por el afuera o presionado por esos otros que pretenden ocupar el espacio propio, como ocurría en *Giribone 850*.

Aquí, el yo lírico *anda* por sus recorridos urbanos, donde los eventos de la cotidianeidad se extreman y parecen convocar a una solidaridad urgente. En la calle se debilitan las diferencias y es posible el encuentro con el otro. El elemento que articula y permite los acercamientos es el trabajo (“Cumplí por hoy con mi discurso laboral”, Jurovietzky, 2017: 14): el final del día favorece la calma que esclarece los hechos microscópicos de Buenos Aires donde, por ejemplo, las mujeres cartoneras por un rato se deslumbran frente al hallazgo de una estampilla en un sobre.

La ciudad que construye el yo lírico en sus recorridos es, entonces, un ámbito de intercambio esperanzado y de encuentros luminosos. En subte y colectivo, o caminando, transcurre frente al lector *esa ciudad*, construida como representación del mundo laboral

que insiste y del consumo que tienta pero no aliena –aunque se encuentre en “el corazón del gasto” – y donde la soledad nunca es completa:

*Poder con la soledad en medio
de tanta gente
tanto ruido es ser
hija de la ciudad.*
(Jurovietzky, 2017: 27).

A la manera del Oliverio Girondo del primer libro, aquí también el yo poético deambula y observa. En particular, llama la atención el título de uno de los poemas del libro, “Apunte subterráneo”, que alude al de uno de *Veinte poemas para leer en el tranvía*, pero también configura la apuesta estética de la poeta, porque se trata de salir a mirar lo que generalmente no es visible: los personajes marginales, aquellos que precisamente se pierden en la masividad. Uno de esos casos es el perro marrón que sube al subte y con su presencia dirime las aguas entre los buenos y los insensibles; o el pasajero del colectivo que parece invadir el espacio del yo lírico, pero en realidad muestra los efectos de medicaciones también masificadas, como el litio.

Es claro que estos fragmentos encontrados en la calle son desconcertantes: un perro en el subte, un gato que no maúlla sino aúlla, una figura siniestra sobre los edificios, un acto de magia al revés que hace aparecer panes porque hay palomos; seres domesticados con litio. Con esta apuesta, la autora actualiza los *Veinte poemas* que ya no son para leer en el tranvía sino en el colectivo, o en el subte. Sin embargo, esa mirada de la calle no está idealizada en el libro. Por el contrario, se hacen explotar las diferencias:

*Charcas entre Ecuador y Pueyrredón
un cartonero joven y sucio,
cero dignidad de los pobres, clasifica basura.*
(Jurovietzky, 2017: 17),

o desafía la felicidad artificial que supone el centro comercial en navidad:

En medio del shopping un adolescente cuida a su hermano,

*la estrella de Belén atraviesa
el techo de cemento y cristal en el corazón del
gasto.
El hermano mayor pasa un pañuelito
por la baba de la boca que no cierra
hace lo suyo para que mi corazón tropiece
con la roca de su amor tan serio.
(Jurovietzky, 2017: 16).*

Infancia

El yo lírico propone un recorrido por la infancia desde la mirada de un sujeto ya consolidado. Evocación de la casa familiar y de los juegos (“un divanlito/que las nenas abren/cierran como los ojos/y la estufa de boca/de hierro donde hierven/los eucaliptos en un jarro/de invierno tan frío”, Jurovietzky, 2017: 47). Esos juegos remiten también a los orígenes, ya que en lugar de los “mil ladrillos” las nenas juegan con “una Jerusalem en miniatura” (Jurovietzky, 2017: 47). Es la evocación desde el presente que se propone recuperar hechos misteriosos o secretos familiares, y aceptar que los antepasados rusos ya habitan el mundo de los muertos.

Esos hechos dolorosos, recuperados de la infancia, son detonantes. La figura del abuelo “que se fumiga las sienes”, de la abuela que no regresa porque “los muertos no aceptan mudanza” remiten a la añoranza de la “tierra prometida” a la que no se ha podido regresar. Estas figuras familiares y lejanas configuran un paisaje infantil marcado por un *bloquecito* que falta:

*allí donde no falla nada
en la imagen se hace un hueco
(Jurovietzky, 2017: 48)*

Y sin embargo, de ese universo también provienen intercambios: los cuentos inventados por la abuela o las estampillas del abuelo reaparecen transformados en el presente y en la calle:

*Ellas se sustraen al mercado,
al movimiento de las magnas
superficies y los pesados objetos
–por kilo, por composición valen–
y despegan con minucia
la estampilla de un sobre
(Jurovietzky, 2017: 12)*

En esas iluminaciones externas y en las luces, que sacan de la oscuridad las figuras familiares y otras *brutas ausencias*, surgen los poemas:

*por ese hueco
una burbuja aún vacía
se coló a lo oscuro
de mis cavidades
y de ahí
liviana e ignorante
salió a bailar
al mundo de los vivos.
(Jurovietzky, 2017: 49)*

Hacer pie

El elemento acuático tiene presencia prominente en la producción poética de Silvia Jurovietzky. En *Panaderos*, un libro luminoso con gran persistencia de lo amoroso y emotivo, el agua funciona como metáfora de la abundancia; mientras que en *Giribone 850* la falta de agua expresa la dureza de la convivencia en un espacio invadido. En este libro, ese líquido hace un recorrido interesante ya que es en el agua donde se vuelve relevante *hacer pie*: el Delta donde se evoca al “padre de mi padre, mi abuelo” (Jurovietzky, 2017: 36), las familias en riesgo de ser tragadas por las aguas, la lluvia que cae a raudales, la baba:

*Llueve a raudales
a baldazo limpio llueve.
Llueve a caudales
a balde llueve.
(Jurovietzky, 2017: 37)*

Hacer pie, metáfora que corresponde a la referencia acuática y que, sin embargo, en este libro remite a lo terrestre y lo literario, ya que el yo lírico menciona “apenas hacer pie/en el hilo finito de las palabras” (Jurovietzky, 2017: 46), aunque la apelación al universo acuático es una constante en los libros de esta poeta cuando alude a lo emocional y lo afectivo.

*En las aguas hundirse
anémona de posibilidades.
Apenas hacer pie
En el hilo finito de las palabras.
Así las cosas
abrirse en escamas.
(Jurovietzky, 2017: 46)*

Por otro lado, *Hacer pie* manifiesta un esfuerzo, un rasgo de voluntad, porque el yo lírico se declara “coja de un bloquecito”. Hacer pie con un solo pie; hacer pie con un pie en un hueco, que es evocación de un pasado y una ausencia:

*Ir al fondo
¿para hacer pie?
así ando*

*coja de un bloquecito
símbolo de algo
que se ha volado.*
(Jurovietzky, 2017: 49)

Hacer pie con la boca en el barro, hundida en el “terreno de los muertos” (Jurovietzky, 2017: 48) para libertar al antepasado de la muerte oscura: “Sube a la luz mi abuelo” (Jurovietzky, 2017: 9). Y a partir de esa recuperación que viene con “los pequeños dones” (Jurovietzky, 2017: 9) en las manos, el yo lírico sale a la calle para encontrar “pequeñas iluminaciones”, *pequeñas cosas delicadas* (Jurovietzky, 2017: 11), que son pedazos de sentido.

Es que “entre los rectángulos de las estampillas/y la polvareda que levantan/las estampidas, hay un mundo” (Jurovietzky, 2017: 18). Es ese mundo, afuera, el que el yo (¿recobrada ya de su cojera?) sale a recorrer y a mirar:

Sola la mano, no veo el cuerpo. (Jurovietzky, 2017: 10)

El amor más amor visto en mi vida. (Jurovietzky, 2017: 16)

Antes de saber una ve. (Jurovietzky, 2017: 28)

Una nunca ve cuándo trabajan. (Jurovietzky, 2017: 35)

Hundirse y hacer pie, entrar y salir, y finalmente regresar a la casa propia para guardar y sopesar los hallazgos del afuera. Quedar en casa, donde se apaga el estruendo, la estampida se detiene y el sujeto se sienta, simplemente, a escribir:

*ella escribe, la mayor
la predilecta.* (Jurovietzky, 2017: 19)

Volver a casa y abstraerse de los ruidos del afuera y también de los sonidos de espanto que deja la muerte (“no quiero escuchar su sordo/montoncito oscuro”, Jurovietzky, 2017: 42). Ir a casa a olvidar la memoria y los de afuera. Y sola quedar cantando, en plena libertad.

